

En defensa de la intolerancia

José Sánchez Fabián*

En defensa de la intolerancia

Slavoj Žižek

Madrid, Sequitur, 2008, 123 pp.

Un libro complejo, de difícil digestión, sólido, actual y sobre todo contundente y preciso, donde se trata sobre las inconsistencias del liberalismo moderno, sus falacias y falsas promesas.

Dividido en 14 apartados, Slavoj Žižek fija su postura consecuente y duradera: el capitalismo mundial, después de la caída del muro de Berlín, ha fortalecido sus tentáculos, trastoca todo en el ámbito social, invade la vida privada, penetra en nuestros sueños.

Polémico y provocativo, como lo ha sido en la decena de obras traducidas al español durante los últimos 15 años, en esta obra diserta sobre los falsos dilemas de la tolerancia y el multiculturalismo.

Muy distante de los argumentos (jurídicos, lingüísticos o políticos) expuestos por Vázquez (véase 2005), Žižek profundiza en una argumentación filosófica y sociológica donde el posicionamiento de sujeto (véanse Laclau y Mouffe, 1987) es el principal detonante con respecto al lugar que ocupan los ciudadanos dentro de la esfera social, bajo condiciones del discurso social del fin de la historia (véase Fukuyama, 1995) y la sociedad al borde de un orden descentrado (véase Luhman, 1981).

Inicialmente el autor se cuestiona sobre la difusión masiva de los fundamentalismos y sus peligros, ante lo cual se plantea como alternativa asumir una posición multicultural. Cuestionándose sobre la autenticidad de este posicionamiento políti-

* Maestro en Sociología Política por el Instituto de Investigaciones Sociales Dr. José María Luis Mora. Actualmente, jefe del Departamento de Formación e Investigación adscrito al Centro de Formación y Documentación Electoral del IEEM.

co de sujeto interroga, e inmediatamente argumenta con lo que será su idea principal:

¿Y si la forma habitual en que se manifiesta la tolerancia multicultural no fuese... tan inocente como se nos quiere hacer creer, por cuanto, tácitamente, acepta la despolitización de la economía?

Esta forma hegemónica del multiculturalismo se basa en la tesis de que vivimos en un universo post-ideológico, en el que habríamos superado esos viejos conflictos entre izquierda y derecha, que tantos problemas causaron, y en el que las batallas más importantes serían aquéllas que se libran por conseguir el reconocimiento de los diversos estilos de vida. Pero, ¿y si este multiculturalismo despolitizado fuese precisamente, la ideología del actual capitalismo global? (Zizek, 2008, p. 11)

La prosa de Zizek versa en torno a la idea de posicionamiento del sujeto, entendido muy lejanamente como aquél que se encuentra condicionado por su pertenencia a una clase social (Marx, 1848), aquí argumenta que la condición que ocupa cada sujeto es con base en su pertenencia a distintos grupos sociales y la consecuente participación política y ubicación como ciudadano, consciente

e involucrado en actividades de su entorno y que además trasciende en la conformación de grupos identitarios, por ejemplo, una mexicana inmigrante y residente en alguna ciudad de los Estados Unidos, que además enfrenta problemas de desempleo y lucha por tener acceso a la seguridad social o por educación para sus hijos, que acude a misa a orar por los suyos y que, además, participa en actividades de orden político; esta mujer es un actor social y político que encuentra sustento en sus distintos posicionamientos. Al respecto, el autor señala:

Resulta evidente la diferencia entre esta subjetivación y el actual proliferar de “políticas identitarias” postmodernas que pretenden exactamente lo contrario, es decir, afirmar la identidad particular, el sitio de cada cual en la estructura social. La política identitaria postmoderna de los estilos de vida particulares (étnicos, sexuales, etc.) se adapta perfectamente a la idea de la sociedad despolitizada, de esa sociedad que “tiene en cuenta” a cada grupo y le confiere su propio status (de víctima) en virtud de las discriminaciones positivas y de otras medidas ad hoc que habrían de garantizar la justicia social. Resulta muy significativo que esta justicia ofrecida a las minorías convertidas en víctimas precise de un complejo apar-

to policial (que sirve para identificar a los grupos en cuestión, perseguir judicialmente al que viola las normas que les protegen —¿cómo definir jurídicamente el acoso sexual o el insulto racista? etc.—, proveer el trato preferencial que compense la injusticia sufrida por esos grupos): lo que se celebra como “política postmoderna” (tratar reivindicaciones específicas resolviéndolas negociadamente en el contexto “racional” del orden global que asigna a cada parte el lugar que le corresponde), no es, en definitiva, sino la muerte de la verdadera política. (Zizek, 2008, pp. 46-47)

Asimismo, menciona que

mientras parece que todos estamos de acuerdo en que el régimen capitalista global, post-político, liberal-democrático, es el régimen del No-acontecimiento (del último hombre, en términos nietzscheanos), queda por saber dónde buscar el Acontecimiento. La respuesta es evidente: mientras experimentemos nuestra posmoderna vida social como una vida “no-sustancial”, el acontecimiento está en los múltiples retornos, apasionados y a menudo violentos, a las “raíces”, a las distintas formas de la “sustancia” étnica o religiosa. Y ¿qué es la sustancia en la experiencia social? Es ese instante, emocionalmente violento, del “reconocimiento”, cuando se

toma conciencia de las propias “raíces”, de la “verdadera pertenencia”, ese momento en el que la distancia propia de la reflexión liberal resulta totalmente inoperante, de repente, vagando por el mundo, nos encontramos presos del deseo absoluto del “hogar” y todo lo demás, todas nuestras pequeñas preocupaciones cotidianas, deja de importar... estos “retornos a la sustancia” demuestran ser impotentes ante el avance global del Capital: son, de hecho, sus intrínsecos soportes, el límite/condición de su funcionamiento, porque, como hace años señaló Deleuze, la “desterritorialización” capitalista va siempre acompañada del resurgir de las “reterritorializaciones”. Para decirlo con mayor precisión, la ofensiva de la globalización capitalista provoca ineludiblemente una escisión en el ámbito de las identidades específicas.

Por un lado, está el llamado “fundamentalismo”, cuya fórmula elemental es la Identidad del propio grupo, que implica la exclusión del Otro amenazante: Francia para los franceses (frente a los inmigrantes argelinos), Estados Unidos para los estadounidenses (frente a la invasión hispana)...

Por otro lado, está la multicultural y postmoderna “política identitaria”,

que pretende la co-existencia en tolerancia de grupos con estilos de vida “híbridos” y en continua transformación, grupos divididos en infinitos subgrupos (mujeres hispanas, homosexuales negros, varones blancos enfermos de SIDA, madres lesbianas...). Este continuo florecer de grupos y subgrupos con sus identidades híbridas, fluidas, mutables, reivindicando cada uno su estilo de vida, su propia cultura, esta incesante diversificación, sólo es posible y pensable en el marco de la globalización capitalista y es precisamente así como la globalización capitalista incide sobre nuestro sentimiento de pertenencia étnica o comunitaria: el único vínculo que une a todos esos grupos es el vínculo del capital, siempre dispuesto a satisfacer las demandas específicas de cada grupo o subgrupo (turismo gay, música hispana...). (Zizek, 2008, pp. 47-48)

Para Zizek (2008), “el multiculturalista liberal puede llegar a tolerar las más brutales violaciones de los derechos humanos o, cuando menos, no acabar de condenarlas por temor a imponer así sus propios valores al Otro” (p. 60).

La cuestión fundamental es entender cómo se complementan estos dos excesos, el DEMASIADO y el DEMASIADO POCO. Si la primera acti-

tud no consigue entender la específica *jouissance* [sic] cultural que incluso una “víctima” puede encontrar en una práctica propia de su cultura que a nosotros nos resulta cruel y bárbara (las víctimas de ablación a menudo la consideran una manera de recuperar su dignidad como mujeres), la segunda, no consigue entender que el otro puede estar íntimamente dividido, es decir, que lejos de identificarse llanamente con sus costumbres, puede querer alejarse de ellas y rebelarse: entonces la idea “occidental” de los derechos humanos universales bien podría ayudar a catalizar una auténtica protesta contra las imposiciones de su cultura. No existe, en otras palabras, una justa medida entre el “demasiado” y el “demasiado poco”. Cuando el multiculturalista responde a nuestras críticas con desesperación “Cualquier cosa que haga es equivocada: o soy demasiado tolerante con las injusticias que padece el Otro, o le impongo mis valores. Entonces, ¿qué quieres que haga?”, debemos responderle: “¡Nada! Mientras sigas aferrado a tus falsos presupuestos, no puedes efectivamente hacer nada”. El multiculturalista liberal no consigue comprender que cada una de las dos culturas activas en esta “comunicación” es prisionera de un antagonismo íntimo que le impide llegar a ser plenamente

te “sí misma” —que la única comunicación auténtica es la de la “solidaridad en la lucha común”, cuando descubro que el atolladero en el que estoy es también el atolladero en el que está el Otro. ¿Significa esto que la solución está en admitir el carácter “híbrido” de toda identidad?

Resulta fácil alabar la naturaleza híbrida del sujeto migrante postmoderno, sin raíces étnicas y fluctuando libremente por distintos ámbitos culturales. Por desgracia, se confunden aquí dos planos político-sociales totalmente distintos. (Zizek, 2008, pp. 61-62)

Por el planteamiento, resulta sumamente seductora la posibilidad de acudir a estas provocaciones, particularmente en nuestro contexto, donde históricamente vivimos un periodo donde nuestro modelo social ha sufrido un dislocamiento y el reacomodo de sus piezas parece una tarea inacabable; una etapa en nuestra vida colectiva pareciera que encontrará próximamente un orden donde la incertidumbre sea la antesala de la estabilidad, de la convivencia política civilizada y, sobre todo, un gran espacio en el que los distintos grupos so-

ciales, actores políticos y ciudadanos, compartan el valor simbólico de la participación política como premisa de la democracia, de las batallas a favor de la igualdad social y, más aún, la preservación de la fe y confianza mutua como valores del ser humano.

Fuentes consultadas

Fukuyama, Francis (1995). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Luhman, Niklas (1995). *Poder*. Barcelona: Anthropos/Universidad Iberoamericana.

Marx, Karl y Engels, Federico (1848). *Manifiesto del Partido Comunista* [Versión electrónica]. Recuperado el 24 de enero de 2011, de <http://www.scribd.com/doc/103864/Manifiesto-del-Partido-Comunista>

Vázquez, Rodolfo (Comp.) (2005). *Tolerancia y pluralismo*. México: Coyoacán.